

tos pueblos y estos vastos territorios del yugo otomano. Paso a paso nos conduce el Teniente —y después Capitán— Glubb hacia el período de los "Mandatos" dispensados por la ex-Liga de las Naciones, en seguida a los prolegómenos de la Guerra Mundial II y luego a los dramáticos episodios de esta guerra misma, con el "coup d'Etat" de Irak que entregó la Mesopotamia a los alemanes, con la rendición de Vichy que entregó Siria también a los germanos, con el avance de Rommel por el Norte de África y la caída de Creta en poder de los nazis en la primera vasta operación de paracaidismo efectuada con éxito, etc. Y así, de desastre en desastre y de caída en caída, llegamos hasta el momento en que Montgomery en El-Alamein y los rusos en Stalingrado hacen girar el curso de la marea de la guerra. En medio de esta atmósfera de pólvora y bombardeos, de tanques y de dromedarios, vemos nacer no sólo la Legión Árabe, que es el personaje central del libro, sino también aparecer en la historia el Reino Hachimita de Transjordania bajo la dirección del entonces Emir Abdullah y hoy Rey Abdullah de Transjordania. Se ven nacer también algunos de los otros Países Árabes emergiendo del sistema de colonias y mandatos. Y —*last but not least*— se ve surgir como un chorro negro que lo oscurece todo o como una inmensa llamarada que lo ilumina todo, el petróleo. Y con esto vemos cambiar todo el ritmo de vida de estos países, sus mutuas relaciones y sus relaciones con el mundo exterior. La influencia del descubrimiento de yacimientos petrolíferos en Arabia, Irak, Bahrein, Kuwait, Irán, etc., sobre el curso de la Historia es cosa que apenas podemos nosotros vislumbrar porque nos falta perspectiva para verla en toda su enorme significación. Son sucesos demasiado recientes para poder abarcarlos en su increíble complejidad. Pero, el historiador que dentro de cincuenta o tal vez cien años analice la marcha del mundo en la mitad de este malhadado siglo XX y que, sobre todo, estudie la génesis de las grandes y pequeñas guerras, revoluciones, y golpes de Estado que se han sucedido sin interrupción en uno u otro país durante los últimos treinta años, dará al petróleo, ciertamente, la inmensa parte de culpabilidad que le corresponde. Con Glubb Pacha en su calidad de Comandante en Jefe de la Legión Árabe, llegamos a la actual guerra en Palestina, tema que el autor no trata en su libro y que nosotros por nuestra parte nos abstendremos igualmente de abordar. En los mismos momentos en que este libro aparecía en las ventanas de las librerías de El Cairo, su autor pasaba por esta ciudad en ruta desde Transjordania a Inglaterra; es un hombre de mediana y más bien baja estatura, delgado, reposado en el andar y en el hablar, con una piel curtida por los soles del desierto y con un mentón huidizo que le ha valido entre los árabes el apodo de *Father of the Little Chin* ("Padre del pequeño mentón"). En torno a este viaje suyo han circulado los más extraños rumores y así mientras algunos afirman que va a Gran Bretaña en Misión oficial del Gobierno Hachimita a reclamar el pago de la subvención que Gran Bretaña debe a la Legión, otros dicen que su viaje es sin retorno y que su misión en el mundo musulmán está terminada. Verdad es que su calidad de Oficial británico comandando tropas de un país árabe en las actuales circunstancias lo coloca en posición equívoca ante unos y otros. Se ha hablado mucho de que la opinión pública árabe, presionando sobre el Gobierno de Transjordania, sería responsa-

ble de su alejamiento. Los periodistas han tratado a Glubb Pacha con bastante soltura y a veces hasta con poca delicadeza, nos referimos principalmente a los periodistas extranjeros que han hablado de él como un hombre completamente "beduinizado", con su tienda e incluso con su harem. Por supuesto estas son fantasías periodísticas y la verdad es muy diversa.

La lectura de este libro ha sido para nosotros de enorme utilidad y provecho y ha constituido al mismo tiempo un deleite. Pues este es el *Libro del Desierto*. Así como hay libros del mar, o de la montaña, o de los llanos o de la selva, este libro es una especie de novela del desierto. El desierto es aquí el personaje omnipresente y todopoderoso. Quienes como nosotros hemos tenido algún contacto —y aun cierta experiencia— asaz dramática— con el desierto (recuérdense nuestros cuatro artículos sobre "Una excursión al Oasis de Eiwa, allí donde Alejandro consultó el Oráculo de Ammon") el libro del Brigadier General Glubb evoca intensamente emociones ya vividas y despierta nostalgia de nuevas aventuras. Quien no se haya encontrado nunca en medio de ese océano solidificado y huidizo que es el desierto, a centenares de millas y días de distancia de todo ser vivo y de todo centro poblado, no puede comprender todo lo que esta palabra —desierto— entraña y significa. La soledad absoluta en horizontes ilimitados, el sol ardiente del día y el frío glacial de las noches, la sensación de desamparo y lejanía de los hombres pero de proximidad con otros elementos invisibles y hasta con otros

mundos desconocidos, la angustia a ratos de la ruta perdida y de la inminencia de la muerte o la satisfacción de la arribada al oasis y el retorno a la vida, elementos emocionales son todos estos que quien no los ha experimentado no puede entenderlos. El sol del desierto es un sol especial, no el sol urbano y civilizado que estamos acostumbrados a sentir sobre nuestras cabezas, las estrellas de las noches desérticas son tan inmensas, tan brillantes, tan cercanas y tan vívidas que parecen dioses o demiurgos vivientes, la luna rojiza que se ve asomar a ras del horizonte produce una impresión de espanto y embrujo al mismo tiempo. Se comprende así cómo han nacido tantos mitos y leyendas y cómo existe una poesía propia, impregnada de ensueño y fantasía en todos estos pueblos nómades. Las mejores páginas de Glubb Pacha son justamente aquellas en que nos habla de las noches del desierto cuando sentados en torno al fuego y a la vera de las tiendas, los beduinos escuchan las consejas o historias que uno de ellos narra con una musicalidad en la voz que semeja a un canto y acaso con ese temblor de emoción con que los rapsodas griegos recitaban a Homero. Es la poesía de los pueblos nómades, que como su música y su danza tienen características propias que han influenciado enormemente la poesía, la música y la danza hispanas y por ende, las nuestras. Es por esto, explica Glubb Pacha, que su libro se llama *Story*, esto es "relato" o "cuento" y no *History* que es la palabra que se traduce por "Historia".

El Cairo. Septiembre de 1948.

El circo de los dictadores

(En *La Vanguardia*.
Bs. Aires, noviembre 9 de 1948).

La idea del payaso y del circo obsesiona a su excelencia el señor Presidente de la República. En los carnavales últimos autorizó para que en dependencias municipales se alquilaran payasos, se los disfrazara de "políticos opositores" y se les hiciera recorrer los corsos. Hace poco —como si hubiera sido tocado en el trigémino por la resolución socialista de no presentar candidatos a las elecciones para constituyentes— calificó de payasos a los dirigentes del viejo y glorioso partido, poniendo entre el epíteto y la continuación del párrafo un silencio teatral a la espera, sin duda, del clamoroso grito de adhesión que no se produjo.

No contestaremos con un mote de retruécano el insulto grosero inicial; preferimos aprovechar la ocasión para hablar del aspecto permanente, es decir, del circo de los dictadores, y no precisamente para referirnos al circo romano, pues los jefes totalitarios de hoy disponen de técnicas que les permiten manejar de manera distinta y más eficaz la distracción del pueblo, distracción en los dos sentidos. ¿Dónde está el payaso? ¿Quién es el gracioso del circo? ¿Cuál es la disposición de la política fascista para el teatro, o como diría el pueblo, para "mandarse la película"?

Los regímenes dictatoriales tienen afición innata a las exhibiciones, tanto en pequeña como en grande escala. Es tan esencial a su vida aquella afición que cuando necesitan reunir público para sus magnos espectáculos, prohíben la realización de los otros espectáculos populares; el día que deben subir a escena, no hay partidos de fútbol, ni carreras, ni teatros, ni cines, ni bochas, ni cafés, ni partidos de truco, ni colmaos. En sus exhibiciones de va-

rias horas los dictadores concentran el espectáculo popular de varios días. Ellos llevan el teatro a la plaza mayor, convirtiendo el balcón principal en palco escénico para la truculencia declamatoria. En estos regímenes los actores, como Frégoli, cambian con frecuencia de traje; visten como aristócratas, militares o descamisados, según sea el efecto que deseen producir en la masa. Son regímenes de desfiles, candombes, carnavales y carnavalesitos; sacan a las calles camellos, fabrican reinas, organizan deportes y festividades populares, se apropian de todos los momentos espontáneos de la efusión humana transformándolos en motivos escenográficos para su personal endiosamiento. Ofrecen una escena que no conocerían los dramaturgos de fama, consistente en permanecer serios sintiéndose elogiados y declarar amor por su propia esposa, durante horas y en público. Hablan a gritos, respaldados por grandes retratos, o poniendo en la plaza su figura hercúlea, en cartones recortados, que dan una imagen más alta que la propia casa de gobierno. Ya no cabe el retrato en la casa de gobierno, como si en ésta existiera la sombra del retrato. Poco a poco el jefe, como en el caso de Dorian Gray, es dominado por el teatro. Cuando un retrato es más grande que la casa de gobierno se corre el riesgo de que el país resulte insuficiente para la soberbia del jefe.

En estos regímenes de fuerza y de sugestión de las masas los actores se "mandan la película" que no han hecho en el "set". Napoleón gustaba imitar al gran actor Talma que representa a la perfección las obras de Corneille. En Sudamérica los jefes tienen por modelo a los payadores de suburbio o rurales: Be-